

y a su regreso rechazó a Mos'ab, hermano de este último, que al tener noticia de la expedición al Egipto había marchado con un ejército contra la Siria. En la Arabia no se lograba hacer nuevos progresos, pero, en cambio, se obtuvo otro triunfo en las cercanías del Eufrates. Desde la muerte de Yezid habían mostrado extraordinaria actividad en Kufa los siitas, los cuales despues de la catástrofe de Kerbelá, debida a su cobardía e incapacidad frente a Obeidallah, se llamaban «los arrepentidos», y estaban dispuestos a aprovechar la primera ocasion para hacer efectivo su grito de: «¡Venganza por Husein!» Como este grito iba dirigido contra los omniadas, así Ibn Sobeir como su lugarteniente en Kufa debieron considerar a los «arrepentidos» como valiosos aliados, y no se opusieron a que en el año 65 (684) marcharan, en número si no tan considerable como lo había esperado su caudillo, Suleiman Ibn Sorad, a lo menos de unos 5,000 a 10,000, «contra Obeidallah, el asesino de Husein.» ó sea contra los sirios, con los cuales estaba Obeidallah. Dirigiéronse en primer lugar a Kerbelá, donde humedecieron con lágrimas de arrepentimiento el sepulcro de su santo y luego hacia la Mesopotamia, pasando por Kartesia y recibiendo allí toda clase de auxilios de manos de Sofar y sus keisitas, hasta llegar a Ein El-Warda (llamado también Ras El-Ein), donde encontraron al ejército sirio, acudido por Husain Ibn Numeir. Despues de varios días de combate fueron vencidos y dispersados, merced a la superioridad numérica que proporcionó a los adversarios la llegada de Obeidallah con tropas de refuerzo, pereciendo Suleiman y muchos otros de sus caudillos (Schumada I 65 = enero de 685). Pero en este punto ya empezó a declinar otra vez la reciente exaltación de la casa omniada. Merwan tuvo aviso, según se dice, de graves manifestaciones de Amr Ibn Sa'id El-Aschdak, de las cuales se podía deducir que éste, su sobrino, bastante ensoberbecido desde la victoria obtenida sobre Mos'ab, trabajaba por asegurarse la sucesión para el caso de la muerte de Merwan. Este había consentido, en Schabiya, en la designación de Jalid, hijo de Yezid, pero a la sazón, dueño ya de la situación, se proponía hacer prestar homenaje como herederos del trono a sus propios hijos Abdelmelik (1) y Abd El-Azis (2). Hasan Ibn Bahdal, aleccionado probablemente por la triste experiencia que había hecho toda la Siria con las revueltas despues de la muerte de Yezid, manifestóse dispuesto a abandonar a su sobrino Jalid, a quien había apoyado antes, y así se prestó homenaje en toda la Siria, sin oposición alguna, a los hijos de Merwan. Pero la madre del príncipe postergado, altiva beduina, no se conformó con la injusticia hecha por su segundo esposo a su hijastro, y una noche, poco tiempo despues, ahogó a Merwan con una almohada (Ramadan = abril de 685). Por cierto, que fuera de la satisfacción de su venganza nada consiguió con ello: nadie se acordó mas de Jalid, y Abdelmelik (Ramadan 65-15 Schawal 86 = abril-mayo 685-9 octubre 705) subió al trono sin encontrar oposición alguna.

Ardua tarea fué la impuesta entonces a Abdelmelik, que contaba unos cuarenta años de edad. Precisamente por aquel tiempo estallaron en todas las provincias, desde la Arabia hasta el Oxo, con la mayor furia, las luchas entre sectas y tribus, de las cuales no habían sido mas que preludio las revueltas y los trastornos ocurridos hasta allí; y para extremar el conflicto, vinieron también a la sazón los bizantinos, como veremos mas adelante, a crear dificultades a la Siria. Necesitaba el califato un hombre de dotes extraordinarias como gobernante para que no sucumbiese el imperio, y acaso el

(1) «Siervo del rey.»

(2) «Siervo del fuerte,» (esto es, de Dios).

mismo Islam, en medio de las guerras intestinas y exteriores. Pero, por fortuna, Abdelmelik poseía estas dotes, y no solamente es aun hoy proverbial en el Oriente su reinado como el de un soberano sabio y enérgico que proporciona paz y orden a sus súbditos. Al talento como poeta, que era frecuente en los individuos de su familia, reunía abundante saber, muy notable instrucción para su época y, en su juventud, sincera religiosidad. No eran ciertamente las revueltas de una guerra civil el terreno en que pudiera prosperar la rara florescencia de sincera fe de un hombre que, como miembro importante de la casa reinante, se encontraba en medio de la corriente de las agitaciones e intrigas políticas. Ya antes de la batalla del Harra le vimos, a lo menos como dócil discípulo de su padre, aceptar la teoría de que hay medios de acomodarse con el cielo, y muy pronto se nos presentará complicado en un acto de la mas alevosa traición, que a sus propios ojos le aparta para siempre de los sentimientos que antes había abrigado. A pesar de ello, como hombre, es mas simpático que Moawiya, a quien se asemeja en su aptitud como gobernante. Por lo que sabemos, jamás descendió hasta el asesinato por medio del veneno, y exceptuando la grave falta a que hemos aludido, mostró en su modo de proceder cierta rectitud y entereza de que carecía el natural artero de aquel afamado antecesor suyo. Debemos considerar, pues, a Abdelmelik como el mas ilustre de los omniadas; el brillante reinado de su capaz hijo Walid no es mas que la continuación de la obra que el padre había emprendido y ejecutado en medio de las mas difíciles circunstancias.

En verdad que si hubiésemos de atenarnos únicamente a los relatos árabes, se nos presentaría incomprensiblemente indolente en los primeros dos años de su reinado el hombre que despues había de revelarse príncipe de tan extraordinarias dotes. Estos relatos casi nada nos dicen de los sirios durante los años 65 y 66 (685-686), y no sabríamos en manera alguna explicarnos cómo el califa podía mirar con los brazos cruzados los sucesos que se desarrollaban en el Irak, de que luego trataremos, si no nos fuera dable deducir de los datos bizantinos que harto tenía que hacer en su inmediata vecindad (3). Según parece, por la época en que murió Merwan, los mardaitas, que probablemente se alzaron de nuevo durante la guerra entre Keis y Kelb, se habían extendido de un modo amenazador, y cuando poco despues (setiembre 685 = Safar 66) falleció en Constantinopla Constantino Pogonato y subió al trono Justiniano II, que sin duda a causa de sus pocos años era un príncipe amigo de atrevidas empresas, debió de romperse la tregua ajustada por Moawiya y renovada expresamente a su tiempo por Merwan. Lo cierto es que vemos poco despues a los bizantinos en posesión parcial de Chipre

(3) Lo que sigue es lo que se desprende del cotejo de los relatos bizantinos y árabes por lo que se refiere a hechos de Abdelmelik, relacionados con los bizantinos y los mardaitas. Los árabes colocan la paz entre el califa y el emperador en el año 70 (689-690), y los griegos tres años antes (686). Como ambos grupos de fuentes originarias presentan en igual serie de sucesión los hechos principales, —expedición de Abdelmelik a Ras El-Ein, rebelión de Amr El-Aschdak, paz con los griegos y expulsión de los mardaitas, —no hay razón alguna para pretender separarlos. Por otra parte, es evidente que Abdelmelik no pudo ni en los años 69 y 70 (689-690), ni en 65 y 66 (685-686), ocuparse en los asuntos del Irak y de la Arabia, y conjeturo, por lo mismo, que la guerra de Leoncio en la Armenia había ya comenzado seguramente en 686, pero que al propio tiempo los bizantinos habían ocupado a Chipre y presentádose los mardaitas en el Líbano en actitud por demás peligrosa. En lo principal, la exposición de Ranke (*Historia Universal*, V, 1, págs. 187 y siguientes) no puede ser mas clara, pero en los detalles, no solo discrepó de él en la fecha de la paz sino también en la apreciación de la campaña de Leoncio. Considero de todo punto inverosímil que los bizantinos, despues de ajustada la paz en la Armenia, pasaran a cuchillo ni siquiera una parte de los sarracenos que habían quedado allí.

y ya en el año 686 (66-67) al general del imperio Leoncio invadiendo la Armenia. Esta provincia había sido hasta allí pacífica tributaria de Damasco; pero entonces fueron expulsados ó muertos todos los musulimes que se encontraban en el país y los bizantinos reconquistaron todo el territorio armenio con el límite Aderbidyan hasta el mar Caspio. Abdelmelik, mientras permaneciese el Irak en manos de Ibn Sobeir ó de los sectarios, no podía pensar en aventurarse en aquel país montañoso, que mas de una vez había sido fatal a los árabes. Al Irak, pues, fué adonde hubo de dirigirse, por la misma razón, cuando en la primavera del año 66 (686) estuvo otra vez en situación de disponer de tropas para enviarlas fuera de la Siria. A los mardaitas se les obligaría, acaso momentáneamente, por los años 65-66 (685) a internarse en sus montañas; pero a Leoncio se le debió de dejar en paz por de pronto.

Vamos, pues, a tratar de nuevo de los asuntos de las provincias orientales, que habíamos dejado ya en situación muy insegura. Basora y Kufa estaban bajo la administración nominal de los funcionarios de Ibn Sobeir, pero aquella con los jaridschitas, siempre amenazadores, a sus puertas y ésta minada por los siitas, mientras que en los apartados territorios del Corasan y del Sedestán rugía desde el año 64 (683) una encarnizada guerra civil, que, encendida por la rebeldía de Ibn Khasim, teniente de Selm, no solo había enconado a los yemenitas contra los árabes del Norte sino también dividido a estos últimos con motivo de una discordia entre los dos grupos principales de las tribus de Modar y de Rab'a. Naturalmente, los turcos del territorio de Cabul y de la Transoxiana habían sacudido desde luego otra vez el yugo árabe y reinaba allí la mas espantosa confusión. Cierto que para el imperio no era esto de vital importancia, porque las provincias limítrofes, con sus escasas guarniciones árabes, pronto podían ser pacificadas de nuevo, tan luego como las comarcas interiores del Islam volvieran a obedecer a un gobierno fuerte; pero en el Irak y en los territorios persas adyacentes iba a manifestarse entonces en toda su fuerza el verdadero conflicto, prevaleciendo temporalmente los jaridschitas en torno de Basora y los siitas en Kufa.

Ante el temor inspirado por los jaridschitas, que estaban en el Chusistan, a las mismas puertas de Basora, y que mas de una vez habían penetrado ya en la ciudad, habían cesado las discordias entre Asd y Temim y era acatado por todos el lugarteniente de Ibn Sobeir (Ramadan 64 = mayo de 684); pero los combates con los sectarios se decidían generalmente en favor de estos, a causa de las malas cualidades militares de las tropas, que se habían afinado bastante en la gran ciudad y cuyo elemento mas belicoso había sido precisamente el núcleo de los jaridschitas, y era de prever que muy pronto los rebeldes se apoderarían definitivamente de la ciudad. Dos favorables contingencias vinieron entonces casi simultáneamente al auxilio de los apurados habitantes. Con los repetidos triunfos se manifestaron diferencias de opinión entre los jaridschitas; los mas consecuentes de estos fanáticos, capitaneados por Nafi Ibn Asrak, en su creciente furor bélico, habían llegado poco a poco al convencimiento de que los hijos menores de edad de los falsos musulimes debían ser considerados también como infieles y, por lo mismo, condenados a morir como sus padres. Una minoría, de sentimientos mas humanos, dirigida por Nedschda Ibn Amir, de la tribu Hanifa, sostenía, por el contrario, que no se podía hacer responsables a los menores de los pecados de sus padres, y que debía perdonárseles la vida hasta que fueran mayores de edad y pudieran decidir por sí mismos acerca de sus creencias. Como los partidarios de Asrak, a los cuales, del nombre de éste, se llama asrakitas, tildarían entonces de

herejes a los nedschitas, estos abandonaron el país y se trasladaron al de los hanifas, en la Arabia central, donde a consecuencia de sus principios democráticos hicieron rápidamente muchos prosélitos y pronto figuraron como pueblo independiente al lado de Ibn Sobeir, no tratando a éste con manifiesta hostilidad pero no sometiéndose tampoco a él, y mas bien, por el contrario, limitando cada vez mas la influencia de Sobeir al centro y al Sur de la península. Poco despues de la separación de los nedschitas pereció Nafi en uno de los combates con los de Basora (65 = 685), y su sucesor Ibn Mahús se encontró muy pronto frente a un adversario digno de él. Era este el afamado general Mohallab Ibn Abí Sofra, que procedente de la guerra civil que desgarró el Corasan se había retirado temporalmente a Basora, residencia de su familia. Mohallab, cediendo a las ardientes súplicas de sus conciudadanos, los cuales llegaron hasta a fabricar un supuesto nombramiento de Ibn Sobeir en favor suyo, nombramiento que, por lo demás, fué despues confirmado, decidióse a ejercer una especie de dictadura en la ciudad con objeto de unir en un haz todas las fuerzas y restablecer por último la paz perturbada por los sectarios. Cumplió con energía y habilidad la difícil tarea de formar un verdadero ejército de campaña con los elementos movedizos, desacomodados ya a las fatigas y en parte pusilánimes que ofrecía Basora, y cuando hubo sometido de nuevo aquella gente a la disciplina, el éxito no tardó tampoco en premiar sus esfuerzos. Con su superior táctica consiguió desalojar a los jaridschitas del llano y empujarles hacia el terreno montañoso, derrotándolos por completo en Sillabra, en las cercanías de Gondeschapur (Schawal 66 = mayo de 686), y obligándoles a huir hacia el Oeste. En las provincias del Farsistan y de Hirman y en la Media meridional continuaron ciertamente ejerciendo su acción rebelde, pero a lo menos Basora y el Chusistan se habían librado de ellos por el pronto, y así Mos'ab Ibn Sobeir, que poco despues (a principios del año 67 = octubre de 686) llegó allí como lugarteniente de su hermano, pudo, libre de cuidados por aquel lado, dedicar su atención a Kufa, donde en el interin sucesos de la mayor gravedad habían puesto en peligro la dominación árabe en todo el Irak.

Ya en el año 64 (15 de Ramadan = 6 de mayo de 684) se había presentado en Kufa un hombre el mas singular y el mas cínico de los muchos tipos de singular cinismo de aquella época. El-Mohtar era hijo de Abu Obeid, el valiente pero desgraciado caudillo de los árabes en la batalla «del puente» con los persas. A la osadía del padre se juntaban en el hijo una rara astucia y toda la maña del consumado intrigante, peligrosas cualidades que en aquel hombre singular estaban tan solo al servicio de su egoísmo. Pertenecía a la clase de los que quieren hacer carrera a toda costa, y no se puede negar que logró con extraordinaria habilidad elevarse desde la condición de un hombre en apariencia insignificante y vulgar a la del temido dueño de una gran provincia. Mas para conseguirlo tuvo que vender sus conciudadanos a los persas, y esto fué causa de su merecida perdición. En Kufa había en aquel tiempo cinco grupos de población: persas nacionales, que continuaban profesando su antigua fe y que eran tolerados como mercaderes, artesanos, etc., ó servían a los árabes en calidad de esclavos; persas musulimes, que en su mayor parte habían sido esclavos también, redimidos despues de su conversión, y que naturalmente eran siitas; partidarios árabes del Schi'at de Alí; antiguos creyentes, adictos al lugarteniente de Ibn Sobeir, y, por último, los amigos de los omniadas, antiguos compañeros de Obeidallah, que todavía se encontraban en número regular en la ciudad y que ciertamente tenían entonces buenas ra-

ziones para no ponerse en evidencia. Como se puede comprender, estos grupos, exceptuando el de los persas, no estaban marcadamente separados; en cada uno de ellos había un centenar de hombres enérgicos que, según las circunstancias, lograban á veces reunir en torno suyo la muchedumbre, que iba de un lado á otro siguiendo el impulso del momento, pero jamás conseguían mantenerla unida á la larga para obrar unánime y consecuentemente: esto no lo había conseguido nadie todavía en el Irak. Para un personaje del fuste de El-Mohtar era este el terreno más propicio. Había probado fortuna con todos los partidos: en tiempo de Obeidallah, en el año 60 (680), estuvo complicado en la conjuración de Muslim á favor de Husein, y en 64 (683) marchó con algunos adictos á la Meca para auxiliar á Ibn Sobeir en la defensa de la ciudad santa contra los sirios. Había esperado que este servicio hecho al pretendiente le valdría la lugartenencia de Kufa, pero Ibn Sobeir, que no era tonto tampoco, no quiso confiar á hombre de carácter tan sospechoso un cargo de tal preponderancia. Regresó, pues, Mohtar, por la época ya indicada, á Kufa, dedicándose desde luego á granjearse partidarios entre los más exaltados siitas, árabes y persas, pero especialmente entre estos últimos. Los más moderados del Schi'at obedecían entonces á Suleiman Ibn Sorad; pero cuando sucumbieron este y otros de sus principales caudillos en la expedición de los «arrepentidos», púsose al frente del partido Ibrahim, hijo del fiel teniente de Alí, Malik El-Ashtar. Así á este debía procurar atraerse ante todo Mohtar, si quería hacerse dueño de Kufa. Ahora bien: los siitas, desde la muerte de Husein, no estaban acordes entre sí respecto de la persona á quien debía pasar el imanato. Los partidarios persas de la secta no podían, según sus ideas, reconocer tal derecho sino á los descendientes de Fátima, hija de Mahoma, ó sea á uno de los hijos, menores de edad, de Hasan ó de Husein; en cambio, los siitas árabes, para quienes nada significaba la persona de Fátima, mientras lo significaba todo la de Alí, veneraban como iman á Mohammed, hijo de otra esposa de Alí procedente de los Benu Hanifa, y al cual, por lo mismo, le llamaban Mohammed Ibn El Hanafiye, esto es, el hijo de la hanifita. Este Mohammed debió de ser un hombre ó muy juicioso ó muy insignificante: solo deseaba que le dejaran vivir en paz en la Meca, y por lo mismo no hizo oposición directa á Ibn Sobeir, si bien como hijo de Alí no podía tampoco reconocerle derecho alguno al califato. Así, pues, Mohtar, para ganar á su favor á los individuos árabes del Schi'at, presentóseles como apoderado de Mohammed, lo que hizo además confirmar por medio de una supuesta carta, logrando en efecto que Ibrahim se pusiese á sus órdenes con todos sus adictos. Mohammed juzgó conveniente no desenmascarar al aventurero y hasta acabó por reconocerle como su verdadero representante, porque Ibn Sobeir, considerándole necesario para el afianzamiento de su autoridad en la Meca, le instaba continuamente para que le prestase homenaje, á lo cual él se negaba con igual tenacidad esperando que no se atrevería á emplear medios coercitivos si los siitas se presentaban en actitud enérgica en Kufa. Estos así lo hicieron, tan pronto como Mohtar pudo contar con Ibrahim: en 14 de Rabí I del año 66 (9 de octubre de 685) fueron sorprendidas y vencidas las tropas de Ibn Sobeir en Kufa y expulsado su lugarteniente; Mohtar fué dueño de la capital y muy pronto lo fué también del territorio de toda la provincia hasta los límites de Basora, resultando infructuosa una tentativa que se hizo en el mismo año para propagar allí el movimiento.

La historia de los sucesos del año siguiente se parece al célebre desafío entre tres, en que cada uno dispara su arma

contra el adversario que tiene á su derecha. Mohtar se cuidó ante todo en Kufa de mandar prender y matar á los asesinos de Husein: Schamir, Omar y todos los suyos, que se pudieron encontrar en la ciudad; y luego predicó la guerra santa contra los verdaderos autores del asesinato, esto es, contra Obeidallah y los omniadas. Con toda astucia procuró hacer cuanto pudiera exacerbar el fanatismo de los siitas: para los adeptos de la doctrina de Ibn Saba se halló una silla de que se había verdaderamente servido Alí, la cual, imitando á los judíos con su Arca de la Alianza, fué llevada sobre un mulo en solemne procesión; hubo palomas, que representaban á los ángeles y que se soltaban durante la batalla para hacer creer á los cándidos que los escuadrones celestes acudían volando al auxilio de los creyentes, y no faltaron tampoco distribuciones de dinero, de las cuales se aprovecharon con tanta mayor avidez los libertos persas cuanto que esto solo había sido hasta allí bocado para sus señores árabes. Como es de suponer, el conato del pueblo subyugado, que por primera vez desde hacía cincuenta años tenía ocasión de descargar su cólera sobre los opresores extranjeros, se manifestó con más de un arrebato furioso: «con ímpetu árabe y odio persa» aquellos hombres, que en su gran mayoría no eran sino la plebe de la ciudad, se arrojaron sobre todos los árabes en quienes pretendían reconocer á asesinos de Husein, no tardando en imperar un verdadero terror, contra el cual solo era garantía la afiliación al Schi'at, y muy pronto ni siquiera esto. Por más que se comprenda el encarnizamiento de este primer desquite de los persas contra la dominación árabe, no solo fué traición á la patria sino también una falta por parte de Mohtar desencadenar el elemento persa en tal medida. Poco tiempo después Mos'ab oía diariamente en Basora las quejas de los fugitivos maltratados ó saqueados, y como en verdad no se podía consentir bajo ningún concepto que en el interior del imperio fueran oprimidos los mismos árabes por los naturales de los pueblos sometidos, recibió orden Mohallab de entregar el mando de las operaciones contra los jaridschitas á un sustituto y ponerse él mismo en marcha contra Kufa (Ramadan de 67 = marzo 687).

Pero antes de emprenderse esa expedición ya se había intentado por otro lado poner término al desbarajuste de Mohtar. La matanza de los asesinos de Husein era sobre todo una verdadera afrenta inferida á los omniadas y á su general Obeidallah; aun cuando no se hubiese tenido noticia de que los siitas proyectaban repetir muy pronto la expedición de los «arrepentidos», Abdelmelik se habría visto obligado á dirigir sus armas contra Kufa tan luego como las circunstancias se lo hubiesen permitido, y á ello le impulsaba también, como hemos dicho, la situación de la Armenia, que acababan de ocupar otra vez los bizantinos. A fines del año 66 (primavera de 686) envió, pues, de nuevo á Husain Ibn Numair y á Obeidallah con un fuerte ejército á la Mesopotamia. El camino directo, siguiendo la corriente del Eufrates, estaba todavía interceptado por Sofar en Karkisia, y se creyó conveniente evitar un choque en aquellos momentos á causa de los keisitas que formaban parte del ejército. Por esto se dirigieron los sirios más al Norte, hacia Mosul, para desde allí llegar á Madain bajando por el Tigris. Pero los siitas tuvieron aviso oportuno, y se pusieron inmediatamente en marcha para impedirles la entrada en el Irak. Encontráronse ambos ejércitos en la orilla izquierda del Tigris, no lejos de Mosul y junto al Hasir, río que viniendo del Norte desemboca en el gran Sab (Zab). Los sirios eran muy superiores á los sectarios en cualidades militares, y por lo mismo cuando se trabó la batalla, en Moharram 67 (agosto de 686), pronto lograron ventaja; pero entonces remontaron

su vuelo las palomas de Mohtar, y al propio tiempo que esto avivaba la fe de los siitas en el auxilio divino, el ala izquierda, compuesta de keisitas, se separó del ejército de Obeidallah al grito de: «¡Venganza por la pradera!» mirando impasiblemente cómo los yemenitas, puestos en confusión á causa de esta deslealtad de sus compatriotas, eran acuchillados por el enemigo. Obeidallah y Husain perecieron allí, siendo destrazadas sus tropas: se había consumado la expiación de Kerbelá.

Pero no debía regocijarse Mohtar durante mucho tiempo de su victoria; poco más de medio año después se acercaba ya al territorio de Kufa el ejército de Mos'ab á las órdenes de Mohallab. Después de varios encuentros, que fueron como los preliminares de la batalla decisiva, dióse ésta en las inmediaciones de Kufa, en Harurá, donde en otro tiempo se habían separado los jaridschitas de Alí. Los árabes del Irak, con excepción de los más fanáticos siitas, no hacían ya caso desde mucho tiempo de Mohtar, é Ibrahim Ibn Malik, que desde la victoria del Khasir estaba de lugarteniente en Mosul, le abandonó también; de modo que solo pudo hacer frente á Mohallab con fuerzas inferiores. Los persas, que luchaban por su nacionalidad apenas reconquistada, le ayudaron valientemente; pero, con todo, se vió obligado á retirarse aquella misma noche á la ciudad. Allí se sostuvo todavía algunos días, en los barrios fortificados que rodeaban el palacio del gobierno, con unos 6 á 7,000 hombres que le habían permanecido fieles; pero cuando vió que resultaba vana su esperanza de que Ibrahim acudiera á su socorro, les exigió que le siguieran para abrirse camino al través del enemigo ó vender caras sus vidas. Sus secuaces entonces se arrojaron ante recurso tan desesperado y se rindieron incondicionalmente, confiando librarse así de la muerte. Mohtar no era hombre para aceptar tan lastimosa suerte, ni podía tampoco hacerse ilusiones acerca de la que le esperaba: con diez y nueve valientes camaradas acometió á las filas del enemigo, cayendo acuchillado después de tenaz resistencia (14 Ramadan 67 = 3 abril 687). De esta suerte terminó la rebelión siita y con ella la tentativa de reconquistar la independencia de la nacionalidad persa. La venganza de los dominadores árabes fué terrible: Mos'ab, instigado por los furiosos de Kufa, mandó ajusticiar á todos los prisioneros, que en su mayor parte eran persas. El mismo no quedó por eso ahiellado, pero desapareció durante largo tiempo, á lo menos de la superficie, para lograr luego por medio de la propaganda secreta, la más conforme al carácter disimulado de los persas, extender paulatinamente la doctrina del verdadero iman de la casa de Alí por todas las provincias orientales.

Siguiendo la comparación que hemos hecho, podemos decir que había sucumbido ya uno de los tres duelistas. Ibrahim hizo las paces con Mos'ab, quien aceptó gustoso la adhesión de hombre tan influyente, pero haciéndole sustituir en la lugartenencia de Mosul por su fiel Mohallab, para que en aquel importante puesto fronterizo pudiera vigilar á un mismo tiempo á los sirios en el Este y á los bizantinos en el Norte. Parecía, pues, que pronto debía llegarse á la lucha decisiva entre los dos rivales que aun quedaban, pero otra vez fué retardada por nuevos é inesperados incidentes. El sucesor de Mohallab en la guerra con los jaridschitas no poseía iguales dotes que éste; dejóse engañar por la táctica de los enemigos, que en el año 68 (687) avanzaron, desde el interior de la Persia, por Madain, hasta Kufa, y poco faltó para que se apoderaran de esta ciudad. A duras penas rechazados, devastaron entonces la Media, tomaron á Rei (Teheran), sitiaron á Ispahan, y mandados por un nuevo caudillo de singular arrojo y energía, Katari Ibn El-Fodscha'a, volvieron otra vez al Irak. Reconociendo Mos'ab que solo

Mohallab era capaz de acabar con ellos, le puso otra vez al frente de las operaciones y devolvió á Ibrahim su antiguo cargo en Mosul. Mohallab tuvo bastante que hacer para alejar á los jaridschitas de Basora y de Kufa, y parece que no lo consiguió sino á costa de muchos esfuerzos, pues que no encontramos noticia alguna de grandes victorias por aquellos años. Mos'ab, por su parte, teniendo ocupadas allí una gran parte de sus fuerzas, no podía pensar en tomar desde Mosul la ofensiva contra los sirios.

No era, sin embargo, menos difícil la situación en Damasco durante los años 67-70 (686-689). Después de la batalla de Khasir debió de pasar seguramente bastante tiempo hasta que Abdelmelik lograra calmar en algún modo el resentimiento de los indignados yemenitas contra los keisitas, y es probable que también los mardaitas le dieran que hacer. Cuando, por fin, pudo ponerse en marcha, en el año 69 (688-89), con un nuevo ejército hacia la Mesopotamia, recibió en Ein-Warda la noticia de que había estallado en Damasco una peligrosa rebelión: su primo Amr Ibn Sa'id había creído oportuno hacer valer otra vez sus pretensiones al califato y encontrado apoyo en parte de los omniadas, que no todos estarían muy satisfechos del enérgico Abdelmelik. Regresó, pues, con su ejército, pero no pudo lograr la rendición de Amr sino consintiendo en una capitulación que aseguraba á éste su vida y libertad. En esta ocasión fué cuando Abdelmelik, para sofocar de una vez la rebeldía, insoportable, en verdad, en el seno de su propia familia, quebrantó la palabra solemnemente empeñada: mandó cargar de cadenas á Amr, y como su hermano Abd El-Azis no se mostrase dispuesto á cumplir la orden que le dió de matar al prisionero, hízose traer lanza y espada, y él mismo mató al indeseado con la mayor saña. Refiérese que cuando, aquel día, concedió audiencia á los grandes de su corte, teniendo delante de sí el Corán abierto, y estos le dirigieron la palabra, dándole como de costumbre y con todo respeto el tratamiento de «Soberano de los creyentes», cerró para siempre el libro sagrado, exclamando: «Esto es lo que nos separa al uno del otro.» Después de restablecido el orden en la capital, se alzaron de nuevo los mardaitas en el Líbano, sin duda alentados por la noticia de aquellos disturbios, y parece que al propio tiempo los bizantinos, que en el interior ya se habían apoderado de Chipre, debieron de emprender desde la Armenia movimientos amenazadores contra la Siria septentrional. Lo cierto es que Abdelmelik se decidió á ajustar un nuevo tratado con los griegos, el cual, por humillante que pareciera, fué una obra maestra de diplomacia por parte del califa. La Armenia y la mitad de Chipre (1) fueron devueltas al emperador, obligándose además el califa al pago de un considerable tributo; en cambio, no solo renunciaba Justiniano á toda alianza futura con los mardaitas sino que hasta se encargaba de obligarles á abandonar el país, emigrando á territorio bizantino. Fué una falta para nosotros incomprensible el sacrificio por una ventaja del momento aquel belicoso pueblo montañés, que durante tantos años había sido como un dardo clavado en la misma carne de los árabes y que había prestado los más importantes servicios á Constantinopla; pero si esto fué una gran falta, mayor fué la perfidia, verdaderamente griega, con que Leoncio, encargado de arreglar estos asuntos desde la Armenia, mandó asesinar al caudillo principal de los mardaitas para poder reunir, después, en nombre del emperador, á la gran mayoría de los hombres aptos para las armas y sacarlos de su país. Fijóseles domicilio en distintos puntos del imperio bizantino (70 = 689); los pocos que quedaron no

(1) Véase Ranke: *Historia Universal*, V, 1, pág. 188, nota 1.